

Del marxismo al posmarxismo. “Principio hegemónico” y exterioridad de la economía en el Gramsci de Chantal Mouffe

Anxo Garrido Fernández (Universidad Complutense de Madrid)

*This article aims to carry out an analysis of Chantal Mouffe’s texts previous to *Hegemony and Socialist Strategy* devoted to the figure of Antonio Gramsci. In doing so, our purpose is to reconstruct the development of her approach from the initial coordinates, inside the sphere of historical materialism – in particular, the relations between the “autonomy of the political” and the determination “in the last instance” by the economy – to a post-Marxist posture. In the final part we point to the role that two of Mouffe’s sources, not always sufficiently highlighted, play in her post-Marxist interpretation of Marx (and Gramsci).*

Hegemony; Mouffe; Post-marxism; Gramsci.

Introducción

La lectura mouffeana de Gramsci produce, a lo sumo, una modesta contribución a la miríada de estudios consagrados al concepto de hegemonía. No es menos cierto, en cambio, que sus primeros trabajos – reconocidos como la principal inspiración de la lectura del sardo que arroja *Hegemony and Socialist Strategy* (LACLAU, MOUFFE 2001, p. 101) – tienen un notable valor para comprender el horizonte problemático en el que se elabora la influyente teoría post-marxista de la hegemonía: premisa clave, entre otras, del populismo laclausiano (LACLAU 2014) o del enfoque poshegemónico (THOMAS 2019, 2021).

A fin de analizar esta prehistoria del post-marxismo nos centraremos en algunos textos relativamente poco trabajados de la autora de Charleroi. Entre ellos *Hegemony and Ideology in Gramsci*, publicado inicialmente en 1977 en la revista «Research in political economy» e incluido dos años más tarde en el célebre compendio (editado por la propia Mouffe) *Gramsci and the Marxist Theory*. Dicho texto amplía las tesis sumariamente expuestas por la autora en su intervención en el seminario de estudios gramscianos celebrado en Florencia en 1977 (FERRI 1977, pp. 202-7). Analizaremos también su introducción, titulada *Gramsci today*, al volumen editado en 1979. Por su parte, aunque

publicado en 1985, *Hegemonía, política e ideología* (su contribución al seminario mexicano de Morelia: *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*), muestra el estado de su reflexión, aproximadamente, a la altura de 1980. Finalmente, con la publicación en 1983 de *Working class hegemony and the Struggle for Socialism* – texto que desencadena la polémica con Peter Meiksins y Ellen Meiksins Wood (MEIKSINS, MEIKSINS WOOD 1985) y que se incluye, prácticamente sin modificaciones, en *Hegemony and Socialist Strategy* – la autora renuncia por entero a la tradición marxista y declara la necesidad imperiosa de «ir “más allá de Gramsci”» (MOUFFE 1983, p. 8). Así, como vemos, la evolución desde una lectura interna al materialismo histórico hasta el abandono de las coordenadas marxistas se consuma en un periodo que no excede los siete años y que, aquí, trataremos de reconstruir sucintamente.

Además de esto, aunque son muchas las fuentes que podríamos aducir para comprender tal transición, trataremos, al final de la exposición, de apuntar a dos de estas influencias que, hasta donde sabemos, han sido a menudo pasadas por alto: la alocución de Norberto Bobbio al seminario cagliaritano de estudios gramscianos de 1967 y *Karl Marx's Theory of History: A Defence* (1978), de Gerald A. Cohen.¹

1. La problemática general de la hegemonía según Mouffe

La clave interpretativa más general de la lectura mouffeana del concepto de hegemonía comparece en el primero de los textos mentados, a saber: «una problemática radicalmente antieconomicista de la ideología opera, en *estado práctico*, en la concepción gramsciana de la hegemonía y constituye su actual condición de inteligibilidad» (1979a, p. 178). La problemática fundamental en la que se ubica el trabajo de Mouffe, por consiguiente, será la de desentrañar la relación sistemática entre ambos conceptos y, más en concreto, la de definir y acotar el lugar y la funcionalidad específicos que quedan reservados a la ideología en el interior de una estrategia política y analítica articulada en torno al

¹ Véase TARASCIO 2021, p. 132 para encontrar una breve excepción para el primer caso.

concepto de hegemonía. Para ello, su argumentación parte de una idea expuesta en Cuaderno 11, § 12, donde Gramsci sostiene que el «bloque social» es «cimentado y unificado» por una determinada ideología (GRAMSCI 1975, p. 1380; MOUFFE 1979a, p. 184).

A partir de ahí, la autora belga elige aquellos pasajes gramscianos consagrados a la cuestión de la ideología que resultan susceptibles de ser inscritos en un molde althusseriano apriorísticamente seleccionado. De este modo, como althusseriano *avant la lettre*, Gramsci habría innovado o, más bien, sentado las bases para la innovación del problema en un triple sentido. En primer lugar, sosteniendo la naturaleza material de la ideología, ya sea mediante la teoría de los intelectuales como «agentes» de la «práctica ideológica» (MOUFFE 1979a, p. 187), ya sea elaborando una lista de los elementos de la “estructura material de la ideología” que incluye «las bibliotecas, escuelas, los círculos y clubs» (Cuaderno 3, § 49; GRAMSCI 1975, p. 333), etc.²

Esta nota, unida a Cuaderno 4, § 15 – donde leemos que «Marx afferma esplicitamente che gli uomini prendono coscienza dei loro compiti nel terreno ideológico» (GRAMSCI 1975, p. 437) – conduce a la autora a las otras dos notas, de resonancias no menos althusserianas, que caracterizarían al concepto gramsciano de ideología: la representación de la ideología como un nivel necesario presente en toda formación social,³

² Como es obvio, Althusser recupera esta idea en el apartado de *Ideología y aparatos ideológicos de Estado* titulado *Tesis 2: la ideología tiene una existencia material*. Allí afirma, en relación con un individuo particular, que «la existencia de las ideas de su creencia es material por cuanto *sus ideas son sus actos materiales insertos en prácticas materiales, reguladas por rituales materiales ellos mismos definidos por el aparato ideológico material del que derivan las ideas de este sujeto*» (2015, p. 300). Destacados en el original.

³ En *Lire Le Capital*, Althusser sostiene: «nosotros afirmamos que todos los niveles de la existencia social son los lugares de distintas prácticas: la práctica económica, la práctica política, la práctica ideológica, [...]. Pensamos las relaciones de fundamentación y de articulación de estas diferentes prácticas pensando su *grado de independencia*, su tipo de *autonomía* “relativa”, ambos determinados por su *tipo de dependencia* respecto a la práctica “determinante en última instancia”, la práctica económica» (ALTHUSSER, BALIBAR 2010, p. 113). Étienne Balibar, en la misma obra, será todavía más claro al respecto y se referirá a «los elementos que pertenecen a *toda estructura social* (una base económica,

de un lado, y, de otro, el papel de la ideología como práctica productora de sujetos (1979a, p. 188).⁴

Esta aproximación althusseriana al problema se ve reforzada por el marco teórico más general, el cual implica la «elaboración de una teoría no reduccionista de la ideología que tuviese en cuenta la determinación en última instancia por la economía» (1979a, p. 171). La búsqueda de una “autonomía de lo político” que al tiempo salvaguarde la determinación en última instancia sería, a la altura de 1977, la piedra angular del antieconomicismo *todavía* marxista de Chantal Mouffe.

Tal antieconomicismo había de salvar las dos variantes de economicismo, la epifenomenalista y el reduccionismo de clase. Siendo que la primera implica una concepción de las superestructuras como mera expresión refleja de las realidades económicas y la segunda sostiene, aun cuando reconoce cierta autonomía y eficacia a la ideología, que todo elemento ideológico posee una necesaria connotación de clase y que todo sujeto es un sujeto clasista (MOUFFE 1979a, p. 189).

La superación de ambas se logra mediante el solapamiento de dos lógicas: la de la sobredeterminación y la de la determinación en última instancia. La primera remite a la idea de la «coyuntura como sobredeterminación de contradicciones» (1979a, p. 170).⁵ De este forma, ya que destaca la importancia del análisis en términos de correlaciones de fuerzas, Mouffe parece aún encontrarse en un marco que piensa la sobredeterminación en términos de relaciones sociales y no, como

formas jurídicas y políticas, formas ideológicas» (*ibid.*, p. 344). Destacado en el original. Estas ideas, obviamente, encuentran ecos en la cuestión de la eternidad de la ideología presente en los AIE (ALTHUSSER 2015, p. 295). Sin embargo, como ha señalado Fabio Frosini, la progresiva exterioridad entre las instancias que encontramos en *Lire Le Capital* no impregna toda la obra de Althusser, sino que deriva del encuentro de este, en torno a abril-mayo de 1963 con la *Einleitung* marxiana de 1857, la cual estaba del todo ausente en su teoría de las sobredeterminación presentada en *Contradicción y sobredeterminación* (FROSINI 2006, p. 70).

⁴ Cfr. ALTHUSSER 2015, pp. 301-5.

⁵ Nuevamente el poso althusseriano es evidente, en este caso del texto *Contradicción y sobredeterminación. Notas para una investigación*, donde Althusser apunta al carácter abstracto de cada contradicción social tomada aisladamente (ALTHUSSER 1967, pp. 79-80).

sucedirá a partir de *Hegemony and Socialist Strategy* (y antes para el caso de Laclau), según un modelo de sobredeterminación simbólica de las posiciones de sujeto afín al molde post-estructuralista, el cual resulta ampliamente conjugable con las premisas del individualismo metodológico.⁶ Sea como fuere, la idea de sobredeterminación, que impide deducir exhaustivamente cada contradicción de la matriz unificante del antagonismo económico, implica el carácter contingente de toda estructura social y socava la atribución a priori de una exhaustiva capacidad determinante a la economía.

Dado que por (esfera de la) economía Mouffe entiende las «clases sociales» definidas como «polos antagónicos de las relaciones de producción dominantes» (1979a, p. 171), su texto trata de comprender de qué manera, aun cuando las interpelaciones ideológicas no tienen un carácter necesariamente clasista, estas pueden, sin embargo, estar (sobre)determinadas en última instancia por la economía. Aquí la belga muestra una respuesta audaz: lo determinado por la economía no son los elementos ideológicos, sino el principio hegemónico que, solo a posteriori y como resultado de la práctica articuladora, les confiere un carácter clasista. Por consiguiente, la ideología sería una *instancia social* conformada por elementos neutros en la cual luchan dos principios provenientes de una instancia exterior (la economía) cuyo fin es articular dichos elementos de un modo funcional a sus intereses económicos, ya sea de reproducción de las relaciones de producción dominantes o de crítica y subversión de las mismas.

El resultado de la lucha entre principios y prácticas articuladoras será la constitución del sujeto histórico hegemónicamente ensamblado. Este no será ya la clase social sino la voluntad colectiva nacional-popular. Es decir, no se tratará ya de un sujeto definido por su posición en las relaciones de producción, sino por el resultado contingente de la práctica articuladora de los elementos del acervo nacional-popular en torno a dichas posiciones. Y, entonces, la lucha ideológica no podrá concebirse como la confrontación inter-ideológica entre dos sistemas de ideas de

⁶ Para un exhaustivo análisis de las implicaciones del desplazamiento de una sobredeterminación de las relaciones sociales a una sobredeterminación pensada en los términos de identidades simbólicas en la obra ulterior de Laclau y Mouffe, remitimos a FROSINI 2021.

límites fijos y preconstituidos que pugnan por imponerse sobre la totalidad social, sino como una disputa intra-ideológica, en las que dos principios aspiran – en un esquema que, de nuevo con audacia, Mouffe asimila con la guerra de posiciones – a desarticular los elementos neutros adheridos al proyecto hegemónico de la clase rival y a articularlos en el propio proyecto. Este proceso de resignificación, que se opone a las versiones basadas en la inculcación o en la confrontación de ideologías paradigmáticas como compartimentos herméticos que entran en conflicto, sería la versión mouffeana de la reforma intelectual y moral, concepto que, a su decir, constituye el parteaguas entre la hegemonía gramsciana y la alianza de clases leninista.

En lo que respecta a los heteróclitos elementos que se adhieren al proyecto hegemónico de una determinada clase y que ofrecen la forma *concreta* (o lo que es lo mismo, sobredeterminada) de una voluntad colectiva, Mouffe los describe como elementos nacional-populares. Es decir, la autora reconoce la existencia de una pluralidad de factores vinculados a la historia de cada nación, los cuales pueden – y deben – ser asumidos y resignificados (nunca rechazados) por el proyecto hegemónico si este quiere estar dotado de arraigo en la tradición del país y no quedar circunscrito a los límites corporativos de la clase aspirante a la hegemonía.

Resta, para terminar esta breve exégesis, definir ahora el «principio hegemónico», pues en esta noción se concentrará la crítica post-marxista a Gramsci. Conviene señalar que, en el texto de 1977, Mouffe no es capaz de identificar el pasaje en el que el sardo utiliza el término – «él nunca define el término de forma muy precisa» (1979a, p. 191) – lo que le lleva a ensayar su propia definición, entendiéndolo como «un sistema de valores cuya realización depende del papel central que la clase fundamental juega al nivel de las relaciones de producción» (*ibid.*).

En este primer texto, aunque filológicamente infundada en términos estrictamente gramscianos, Mouffe está a punto de dar una respuesta coherente al problema del principio hegemónico: en tanto que describe a los intelectuales como agentes de hegemonía y que, además, ha de buscar el modo de conectar la instancia ideológica donde se juega la hegemonía con su afuera económico, en un momento dado parecería inclinarse a considerar la noción de “intelectual orgánico” – en tanto que

portador material en la esfera ideológica de la jerarquía axiológica emanada de las formas de vida y los intereses de un determinado sujeto productivo – como equivalente a la de “principio hegemónico”. Sin embargo, aunque todo en su argumentación parece conducir en esta dirección, la autora no llega a hacer explícita tal conclusión.

2. ¿Dejar atrás a Gramsci?

Será en su intervención en el Seminario de Morelia (MOUFFE 1985, p. 131) donde identifique el texto gramsciano en el que aparece la noción de “principio hegemónico”. Allí leemos: «la ideología es pues “el terreno de una lucha incesante entre dos principios hegemónicos”, es un campo de batalla en el cual las clases principales luchan por apropiarse de los elementos ideológicos fundamentales de su sociedad para articularlos a su discurso» (1985, p. 131).

En este pasaje se cita un breve fragmento de la nota 13 de la primera parte del Cuaderno 10 (GRAMSCI 1975, p. 1236), escrita en mayo de 1932, la cual presenta las dos únicas ocurrencias, una en singular y otra en plural, del término «principio hegemónico» que, al menos yo, he podido encontrar en los *Quaderni*. Antes de pasar a analizarla, veamos de qué manera en *Working Class Hegemony and the Struggle for Socialism* se lanza una crítica a Gramsci como representante último del economicismo marxista precisamente a partir de este punto. Dice allí: «la posición de Gramsci consiste en afirmar que solo la clase obrera puede ser el principio articulador de una voluntad colectiva nacional-popular» (1983, p. 7). Además, esta línea de crítica llegará a su culminación en *Hegemonía y estrategia socialista*:

«El conjunto de la construcción gramsciana reposa sobre una concepción, en último término incoherente, que no logra superar plenamente el dualismo del marxismo clásico. Porque, para Gramsci, incluso si los diversos elementos sociales tienen una identidad meramente relacional, obtenida a través de la acción de prácticas articuladoras, siempre tiene que haber un *único* principio aglutinante en cada formación hegemónica, y este solo puede ser una clase fundamental» (LACLAU, MOUFFE 2001, p. 104).

La línea argumentativa del manifiesto post-marxista es de sobra conocida y nos limitamos ahora solo a mencionar cómo entronca con la temprana argumentación de Mouffe. En 1985 no se trata ya de lograr la combinación de dos lógicas diferentes – la de la sobredeterminación y la de la determinación en última instancia – sino que Laclau y Mouffe aspiran a expandir, en detrimento de la segunda, los efectos deconstructivos de la primera, con el fin de superar el dualismo basado en la exterioridad de la economía, nota distintiva, en su opinión, de la tradición marxista como un todo. De esta forma, la sobredeterminación, que antes, para Mouffe, operaba en una instancia social específica – la de la ideología en su articulación contingente con una instancia determinante, aunque solo sea en última instancia – ya no será solo la clave para comprender la ideología en sentido no economicista, sino que, libre de la referencia literal que brindaba la última instancia, conducirá a la identificación de las nociones de ideología, hegemonía y “lo social”, toda vez que la sobredeterminación sería ahora la lógica de un único campo social simbólicamente vertebrado en el que las viejas instancias se diluyen en un juego de diferencias *prima facie* equivalentes. La articulación discursiva, nueva y única forma del vínculo social, será posible gracias al carácter sobredeterminado de cada *elemento* en tanto que disputado al mismo tiempo por varios discursos tendencialmente hegemónicos (en tanto que *momento*, simultáneamente, de cada uno de esos discursos por fuerza inclausurables).

Demos desde aquí un paso atrás y veamos cuál es la lectura de Gramsci en la que ancla el post-marxismo y a qué idea del marxismo responde. Como vimos, la línea de fuerza de la argumentación de Mouffe es la noción de principio hegemónico (pensado siempre como principio clasista surgido de una estructura económica dual). Este «principio hegemónico», concepto ausente del índice temático de la edición de Gerratana, aparece en la nota de los *Quaderni* ya referida (Cuaderno 10 I, § 13). Gramsci, como sostiene Mouffe, afirma allí «c'è dunque sempre stata lotta tra due principii egemonici» (GRAMSCI 1975, p. 1236). Sin embargo, donde la autora detiene la cita y se apresura a afirmar que esta se refiere a la ideología como «campo de batalla en el que las clases principales luchan por apropiarse de los elementos ideológicos» (MOUFFE 1985, p. 131), en realidad Gramsci continuaba, y no en

referencia a clase principal alguna definida según un esquema trans-histórico, sino apelando precisamente a aquella facticidad tan cara al posmarxismo. Dice Gramsci: hay dos principios hegemónicos «e occorrerà non solo descrivere l'espansione trionfale di uno di ese, ma giustificarla storicamente» (GRAMSCI 1975, p. 1236).

La segunda ocurrencia de la noción en esta misma nota, no hace sino abundar en la referencia a la facticidad: «un principio egemonico (etico-politico) trionfa dopo aver vinto un altro principio [...] Ma perché lo vincerà? Per sue doti intrinseche di carattere “logico” e razionale astratto? Non ricercare le ragioni di questa vittoria significa fare storia esteriormente descrittiva» (*ibid.*). Finalmente, por si hubiese alguna duda del carácter no clasista del principio hegemónico, Gramsci sentencia: «anche il Borbone rappresentava un principio etico-politico» (*ibid.*).

No resulta fácil, por lo tanto, aceptar que la noción gramsciana de principio hegemónico se refiera a una instancia económica definida en términos duales que acotaría *a priori*, y desde quién sabe qué exterior, el espacio de la contingencia histórica. Es claro, y dejamos para otro lugar la exposición sistemática de ello,⁷ que las nociones de mercado determinado, de nueva inmanencia, de traducibilidad y de historicismo absoluto, todas ellas ganadas antes de mayo del 1932, desbordan el dualismo entre lo económico y lo político-ideológico dizque inherente a la metáfora estructura-superestructura, mas quisiéramos ahora, simplemente analizar Cuaderno 10 I, § 8, texto estrictamente contemporáneo del anterior.

Allí, discutiendo la acusación que Croce dirige a Lunacharski, según la cual el marxismo convertiría la estructura en un «dio ascoso» (GRAMSCI 1975, p. 1225), Gramsci afirma que esto ocurre si y solo si el concepto de estructura se concibe especulativamente, posición ciertamente rechazada por él y a la que responde con su propia propuesta: «ma appunto esso [“il concetto di struttura”] non deve essere concepito speculativamente, ma storicamente, come l'insieme dei rapporti sociali in cui gli uomini reali si muovono e operano, come un insieme di condizioni oggettive

⁷ Lo hemos demostrado en el tercer y cuarto capítulo de nuestra tesis doctoral, titulada *La compleja gramática del moderno príncipe. Las fuentes lingüísticas como clave hermenéutica del pensamiento político de Antonio Gramsci*, próximamente disponible en el repositorio de la Universidad Complutense de Madrid.

che possono e debbono essere studiate coi metodi della “filologia” e non della “speculazione”» (GRAMSCI 1975, p. 1226).

Tal y como la describirá en Cuaderno 11, § 25, esta filología puede entenderse como el método adecuado para el estudio del objeto característico de la filosofía de la praxis, esto es, de «la esperienza» que «non può essere schematizzata», en definitiva, de «la storia nella sua infinita varietà e molteplicità», que recurre a la «“filologia” como metodo dell’erudizione nell’accertamento dei fatti particolari» (GRAMSCI 1975, pp. 1428-29). Aplicar este método a la estructura económica, como pretende Gramsci, implica que este se encuentra fuera de la dicotomía que le atribuye Mouffe y que más bien sería la posición especulativa croceana criticada por él la que asume el postmarxismo.

3. *Una coda sobre las fuentes: Bobbio y Cohen*

Pero, ¿de dónde proviene la lectura distorsiva asumida por la autora de Charleroi? En nuestra opinión, la teoría althusseriana de las instancias se ve reforzada por una lectura de Gramsci pasada, en primer lugar, por el filtro bobbio. Si bien la relación de Mouffe con el jurista y filósofo turinés es ambigua, podemos rastrear las huellas de su lectura en diversos momentos fundamentales de su trabajo hasta la actualidad. Centrándonos en el arco temporal considerado aquí, queda claro tal diálogo, pues en su texto del 1977 Mouffe afirma que «Bobbio no consigue aclarar la articulación de esta última [la sociedad civil] con la economía y conduce a una interpretación excesivamente “superestructural” del pensamiento de Gramsci» (1979a, p. 203, n. 19). Sin embargo, pese a esta crítica inicial, solo unas páginas más adelante Mouffe afirma que «al nivel de la superestructura donde la ideología se produce y se crea, [Gramsci] lo llama sociedad civil» (1979a, p. 187). Dado que la hegemonía se sitúa en el mismo nivel, exhaustivamente diferenciado tanto del *tópos* económico como de la sociedad política,⁸

⁸ «La hegemonía solo se refiere al momento de la dirección y no de la dominación» (1979a, p. 202, n. 6). Para la adhesión de Bobbio a un esquema en el que el *tópos* específico de la hegemonía sería una sociedad civil herméticamente aislada de las demás instancias sociales y recluida en un ámbito

Mouffe parece aquí, siguiendo a Bobbio, adherirse a la idea de un Gramsci teórico de las superestructuras.

Naturalmente, la rígida discontinuidad entre Lenin y Gramsci sostenida por la autora parece remitirnos igualmente al esquema manejado por el autor socialista (BOBBIO 1967, p. 167). Asimismo, la introducción al compendio *Gramsci and the Marxist Theory* (en el que la autora incluye el texto de Bobbio) contiene una crítica a sus posiciones, en esta ocasión por tratar a Gramsci como un intelectual tradicional (1979b, p. 4). Pese a esto, en el mismo texto, la idea de Bobbio de que la distinción estructura-superestructura es el rasgo definitorio de todo autor marxista, es aceptada por Mouffe (*ibid.*, p. 3).

La posición a la que conducen las anteojeras bobbianas (y althusserianas), esto es, la concepción de la totalidad social específicamente marxista como una rígida y adialéctica relación entre instancias, parece del todo asumida si atendemos a la versión del marxismo que se ataca y se intenta de deconstruir en *Hegemonía y estrategia socialista*. Tal deconstrucción, curiosamente, no arriba sino al genuino punto de partida gramsciano, el cual sostiene la unidad del proceso histórico. Sin embargo, a partir del magma de diferencias – de la «historia en su infinita variedad y multiplicidad» – Gramsci salvaguarda la posibilidad de separar, a través del análisis, aquellos elementos que podrían ser atribuidos a las diferentes instancias, las cuales resultan estudiables mediante el recurso a las abstracciones determinadas conseguidas según las pautas de un método que caracterizan a los diferentes lenguajes científicos y filosóficos. Posibilidad esta, por cierto, de la que se priva la posición post-marxista, incapaz de producir un análisis económico – más allá de la proclamación de una genérica politicidad de la economía – en condiciones de rivalizar con los análisis tanto de la economía política “burguesa” como de la crítica de la economía marxista desarrollados por sus contemporáneos:

«Ni la identidad política ni la identidad económica de los agentes cristaliza en momentos diferenciales de un discurso unificado, sino que la relación entre

superestructural igualmente independiente de las relaciones económicas y escindido entre el momento hegemónico y el de la dictadura (de la sociedad política), cfr. BOBBIO 1977, pp. 159-62.

ambos es la unidad precaria de una tensión. Ya sabemos lo que esto significa: la subversión de cada uno de los términos por una polisemia que impide su articulación estable. En tal caso, lo económico *está y no está* presente en lo político y viceversa» (LACLAU, MOUFFE 2001, pp. 162-63).

La omnipresente exterioridad de economía y política que, al decir de Mouffe, aquejaría a toda la tradición que va de Marx a Gramsci es criticada por primera vez en *Working Class Hegemony and the Struggle for Socialism* (1983). En este texto, incluido con variaciones mínimas en *Hegemonía y Estrategia Socialista*, la tradición marxista se declara obsoleta debido a la refutación de tres tesis que vendrían a definirla: 1) la neutralidad de las fuerzas productivas; 2) el interés de la clase trabajadora en el socialismo y 3) la tesis de la necesaria proletarización y homogeneización de las clases trabajadoras. En relación con esta última, concedamos que se debe a un lapsus de Mouffe, quien no ha tenido en cuenta Cuaderno 11, § 66, donde Gramsci afirma que la «concezione della miseria crescente» es una «spiegazione infantile e contraddetta dai fatti» (GRAMSCI 1975, p. 1496), la cual sería propia, por usar otra fórmula gramsciana, de una religión de subalternos con efectos estupefacientes (Cuaderno 11, § 12; GRAMSCI 1975, pp. 1388-89).

Centrémonos para concluir en las dos primeras atribuciones de Mouffe al marxismo, pues en relación con ellas encontramos una fuente esencial para comprender el punto de arranque del posmarxismo y, en el análisis conjunto de ambas, descubrimos el carácter contradictorio de la argumentación de Mouffe. El primer indicio sobre esta fuente aparece en una referencia que la autora intercala entre varias citas de Marx. El pasaje, brutalmente determinista, afirma: «el pasado desarrollo de las fuerzas productivas hace el socialismo posible y su desarrollo futuro hace el socialismo necesario» (MOUFFE 1983, p. 10; COHEN 2015, p. 227). En lo que Ellen Meiksins Wood ha llamado «interpretación por aproximación» (2013, p. 125, n. 16), Mouffe utiliza una cita de Gerald Cohen para interpretar todo el corpus de Marx y sus sucesores. Este desliz, nos permite, en todo caso, encontrar la fuente por la cual la autora belga imputa al marxismo la defensa de la neutralidad de las fuerzas productivas, incluida la fuerza de trabajo.

El punto de partida para comprender la argumentación del marxista analítico es la distinción entre el contenido material y la forma de una

sociedad. Asumida esta, caen del lado del contenido las fuerzas productivas en su conjunto y del lado de la forma las relaciones de producción. Si obviamos las relaciones de producción, sostiene Cohen, puede hacerse una «descripción material completa de una sociedad – una descripción “*socialmente neutral*” – de la que no podamos deducir su forma social» (COHEN 2015, p. 104). Y, además, afirma: solo «al entrar en unas relaciones de producción las personas y las fuerzas productivas reciben la impronta de la forma que constituyen estas relaciones» (COHEN 2015, p. 98).

Si a esto sumamos que Cohen había descrito «la estructura económica de una sociedad» como «todo el conjunto de sus relaciones de producción» (2015, p. 69), parece evidente como una lectura deconstruccionista de su obra puede, con Derrida, considerar las fuerzas productivas como el “afuera constitutivo” de la estructura y, de entre estas, seleccionar aquella que, en una lectura deconstructiva se revela como un indecible, interno y al tiempo externo a la estructura (y ya no como una simple negatividad que realiza una crítica inmanente de esta). De este modo, según un modelo acontecimental, este indecible puede interrumpir el funcionamiento de la estructura y deconstruirla desde el exterior, por ser ya-siempre-también-interno a ella.⁹

Naturalmente, dicho indecible será para Mouffe la «mercancía peculiar» (MARX 2008, I.1, p. 207), por usar la expresión de Marx en *El Capital*, en la que consiste la fuerza de trabajo. Ciertamente esta sería una fuerza productiva (y por lo tanto, según Cohen, externa a la estructura formal dada por las fuerzas de producción), mas no una neutral, ya que, en tanto que adquirida en su forma *potencial*, requiere de su inserción en unas determinadas relaciones de dominación (relaciones políticas complementarias a las meras relaciones de producción-propiedad capitalistas) para poder ser explotada con la mayor eficiencia posible. La fuerza de trabajo, por lo tanto, según cree descubrir Mouffe gracias a Burawoy a los operaistas, sería al mismo tiempo política y económica, neutral y no neutral, y, por ende, indefinible a partir de las categorías formalistas del marxismo analítico que ella exporta al marxismo en su totalidad.

⁹ Para una reciente e incisiva crítica del acontecimentalismo como paradigma histórico, cfr. LOSURDO, 2021, pp. 166-75.

No obstante, el planteamiento formalista y antidualéctico de Cohen introduce aquí un matiz conceptual. En este sentido, el marco dialéctico marxiano – la forma de negatividad que es la fuerza de trabajo y que introduce la lucha de clases en el corazón del modo de producción capitalista como peculiaridad inherente a unas relaciones de producción basadas en la contratación de fuerza de trabajo formalmente libre – desborda el formalismo de Cohen, quien incluso admite contradecir a Marx cuando sostiene la neutralidad de la mercancía fuerza de trabajo y sitúa, mediante esta forzatura, las relaciones laborales fuera de la estructura económica:

«a pesar de lo que dice Marx en su *Prólogo de 1859*, no todas las relaciones de producción entran dentro de la estructura económica [...] Llamaremos *relaciones sociales de producción* a las relaciones de producción que forman la estructura económica y *relaciones materiales de producción* a las relaciones de trabajo» (COHEN 2015, p. 124, el primer destacado es nuestro).

Mouffe asume sin más el esquema de Cohen, y en este desplazamiento imputa la creencia en la neutralidad de las fuerzas productivas, y la desatención a las relaciones políticas de dominación que acontecen en la producción en aras de garantizar la explotación de la fuerza de trabajo, al mismo Marx que afirma que

«con la masa de obreros simultáneamente utilizados crece su *resistencia* y, con esta, necesariamente, la presión del capital para doblegar esa resistencia. La dirección ejercida por el capitalista no es solo una función especial derivada de la naturaleza del proceso social de trabajo e inherente a dicho proceso, es a la vez *función de la explotación de un proceso social de trabajo*, y de ahí que esté coordinada por el inevitable antagonismo entre el explotador y la materia prima de su explotación» (MARX 2008, I.2, p. 402).

Este desliz en la lectura de Marx nos lleva al segundo punto de la crítica posmarxista: la negación por parte de Laclau y Mouffe del interés de la clase trabajadora en el socialismo. Tal negación es fundamentalmente empírica y psicologista, y corresponde a una caracterización del socialismo como “imaginario” o “preferencia política”. Permítasenos, *grosso modo*, sostener que para Marx, desde un punto de vista capitalista, proceso de producción y proceso de

explotación son una y la misma cosa, y que el socialismo puede hacerse coincidir, a nivel teórico, con el proceso de lucha contra, y progresiva abolición de, la explotación del trabajo. Desde este punto de vista, llama poderosamente la atención que la semántica de la explotación se encuentre del todo ausente en la obra dedicada a la crítica del reduccionismo de clase en la tradición marxista y a la reivindicación de un nuevo tipo de socialismo vinculado con otras formas (no clasistas) del sujeto colectivo.

Y llama todavía más la atención porque la argumentación de los autores llega directa al problema. No obstante, de acometer un análisis de la explotación en la específica formulación marxiana que vincula su abolición con el proyecto político socialista pensado como transición hacia una sociedad sin clases, Laclau y Mouffe se verían en la difícil situación de justificar que las fuerzas del trabajo no tienen interés en reducir su explotación (o que la explotación laboral no existe). Esto es, entrarían en la difícil tesitura de reconocer que su argumentación sobre el desinterés en el socialismo se refiere únicamente a preferencias empíricas o, la más difícil todavía, sostener que a nivel teórico puede formalizarse como una actitud “racional” la preferencia que lleva a “trabajar más por menos” en lugar de aquella otra que conlleva “trabajar menos por más”.

Al renunciar a la idea de explotación, en *Hegemonía y estrategia socialista* parece caerse en esta última, pues se afirma que el interés del obrero en el socialismo *únicamente* podría justificarse «si se asumiera [...] que: a) el obrero es un *homo oeconomicus*, que trata de maximizar el excedente económico tanto como el capitalista; y b) es un ser espontáneamente cooperativo que aspira a distribuir socialmente el producto de su trabajo» (LACLAU, MOUFFE 2001, p. 124). Esto es, Laclau y Mouffe simplifican todo el proceso laboral diluyéndolo en un problema de distribución de beneficios y soslayando las variables vinculadas al tiempo de trabajo, a su intensidad y al sufrimiento, todas ellas implicadas en la categoría marxiana de explotación y en su vinculación con la lucha de clases (defínase aquí clase como se quiera, pues el concepto no implica, ni remotamente, la necesidad de incurrir en la mitología del *blue collar*).

Desde este punto de vista, la desconexión entre las fuerzas de trabajo y el interés en reducir la explotación (eufemísticamente referido como “maximizar el excedente económico”), explotación que puede, con una mínima caridad hermenéutica, interpretarse como equivalente al interés en el socialismo, conducen al posmarxismo a una contradicción con su anterior crítica. Y esto porque, si no hay un interés del trabajador por reducir la explotación, es decir, por optimizar la relación entre esfuerzo y beneficio económico por unidad de tiempo trabajada, no se entiende por qué las relaciones de producción requieren siempre y en todo caso de relaciones de dominación suplementarias. En otras palabras: o bien no existe un interés en minimizar la explotación (un interés en el socialismo) y, por lo tanto, no se requieren relaciones de dominación suplementarias (relaciones *en* la producción, que diría Burawoy); o bien dichas relaciones de dominación son siempre necesarias pero lo son porque el interés en reducir la explotación no es una arbitrariedad empírica, sino una nota contenida analíticamente en dicho concepto.

Conclusión

En definitiva, parece claro que la crítica mouffeana a Marx no solo no está textualmente fundada, sino que, en el límite, siendo fieles a lo que Marx sí dijo, termina por presentar una estructura interna auto-refutatoria. Por lo que hace a su teoría de la hegemonía, la inclusión de Gramsci en una tradición marxista así caracterizada no le permite desarrollar una noción de hegemonía completamente nueva, sino que, a lo sumo, le lleva a dar un rodeo por la deconstrucción de la metáfora arquitectónica para arribar a posiciones que, como ha mostrado Peter IVES (2005), podría haber descubierto en el sardo de haber atendido a su concepción de la metáfora y a los pasajes anti-empiristas sobre la realidad del mundo externo.

La idea de totalidad discursiva *fallida*, cara al post-marxismo, se aparta, a falta de dicho rodeo, de la forma de totalidad característica de la filosofía de la praxis, la cual está constituida por el entramado de traducciones recíprocas entre lenguajes en sí mismos completos (y no fallidos), a partir de los cuales puede ganarse una aproximación post-

fundacional basada en la idea de una totalidad que incorpora dentro de sí el resto inherente a toda traducción y que se renueva gracias a este. El esperantismo posmarxista – como lo ha denominado Benjamín ARDITI (2007, p. 210) – olvida precisamente la traducción como solución elaborada por Gramsci contra este mal (DESCENDRE, ZANCARINI 2018, p. 100). Esta desatención a las notas gramscianas consagradas a la economía y el lenguaje terminan por privarlo de una herramienta esencial para pensar de forma rigurosamente antieconomicista sin abandonar el análisis diferenciado de la economía.¹⁰ Su gran tarea pendiente.

Bibliografía

ALTHUSSER, LOUIS, 1967

La revolución teórica de Marx, Siglo XXI, México D.F.

Id., 2015

Sobre la reproducción, Akal, Madrid.

ALTHUSSER, LOUIS, BALIBAR, ÉTIENNE, 2010

Para leer El Capital, Siglo XXI, Madrid.

ARDITI, BENJAMIN, 2007

Post-hegemony: politics outside the usual post-Marxist paradigm, “Contemporary Politics”, 13, 3, pp. 205-26.

BOBBIO, NORBERTO, 1977B (1967)

Gramsci y la concepción de la sociedad civil, en F. Fernández Buey (ed.), *Actualidad del pensamiento político de Gramsci*, Grijalbo, Barcelona, pp. 150-76.

COHEN, GERALD A., 2015

La teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa, Siglo XXI, Madrid.

DESCENDRE, ROMAIN, ZANCARINI, JEAN-CLAUDE, 2018

Dalla traduzione alla traducibilità: uno strumento di emancipazione teorica, “Materialismo storico” vol. 5, 2, pp. 98-129.

FROSINI, FABIO, 2006

Lenin e Althusser. Rileggendo “Contraddizione e surdeterminazione”, “Critica marxista”, 2006, 6, pp. 31-39.

¹⁰ Sobre la relación entre la crítica de la economía política y el paradigma de la traducibilidad en Gramsci, resulta imperdible GUZZONE 2018.

ID., 2021

Sobredeterminación: una pieza suelta en el puzle populista, en J.L. Villacañas, A. Garrido (eds.), *Efecto Gramsci. De la renovación del marxismo al populismo contemporáneo*, Lengua de trapo, Madrid, pp. 411-28.

GUZZONE, GIULIANO, 2018

Gramsci e la critica dell'economia politica, Dal dibattito sul liberalismo al paradigma della "traducibilità", Viella, Roma.

GRAMSCI, ANTONIO, 1975

Quaderni del carcere, Edizione critica dell'Istituto Gramsci, 4 vols., a cura di Valentino Gerratana, Einaudi, Torino.

IVES, PETER, 2005

Language, Agency and Hegemony: A Gramscian Response to Post-Marxism, "Critical Review of International Social and Political Philosophy", 8, 4, pp. 455-68.

LACLAU, ERNESTO, 2014

La razón populista, FCE, Buenos Aires.

LACLAU, ERNESTO, MOUFFE, CHANTAL, 2001

Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia, Siglo XXI, Tres Cantos [Madrid].

LOSURDO, DOMENICO, 2021

La cuestión comunista, El viejo topo, Barcelona.

MARX, KARL, 2008

El Capital. Crítica de la economía política, 8 vols., Siglo XXI, Madrid.

MEIKSINS, PETER, MEIKSINS WOOD, ELLEN, 1985

Beyond Class? A reply to Chantal Mouffe, "Studies in Political Economy", vol. 17, pp. 141-65.

MEIKSINS WOOD, ELLEN, 2013

¿Una política sin clases? El post-marxismo y su legado, Biblioteca militante, Buenos Aires.

MOUFFE, CHANTAL, 1977

Intervento, en F. Ferri (a cura di), *Politica e storia in Gramsci. Atti del convegno internazionale di studi gramsciani. Firenze, 9-11 dicembre 1977*, Vol. 2, Editori Riuniti/Istituto Gramsci, Roma, pp. 202-7.

EAD. 1979a

Hegemony and ideology in Gramsci, en Ead. (ed.), *Gramsci and Marxist Theory*, Routledge & Kegan Paul, Londres, pp. 168-203.

EAD. 1979b

Introduction: Gramsci Today, en Ead. (ed.): *Gramsci and Marxist Theory*, Routledge & Kegan Paul, Londres, pp. 1-18.

EAD. 1983

Working-Class Hegemony and the Struggle for Socialism, “Studies in Political Economy”, 12, 1, pp. 7-26.

EAD. 1985

Hegemonía, política e ideología, en J. Labastida (coord.), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, Siglo XXI, MéxicoD.F., pp. 125-45.

TARASCIO, GIACOMO, 2021

Una strana eterogenesi dei fini: il ruolo di Norberto Bobbio nella ricezione del marxismo italiano nel Regno Unito, “Rivista di politica”, 1, pp. 125-33.

THOMAS, PETER D., 2019

Postegemonia: un passo Avanti, due passi indietro?, en F. Frosini, F. Giasi (a cura di), *Egemonia e Modernità*, Viella, Roma, pp. 581-600.

ID., 2021

After (post) hegemony, “Contemporary Political Theory”, 20, 2, 318-40.

